

Texto de la primera muestra individual de Miguel Ángel Bengochea (Galería La Ruche/1967)

Cuando Julia Lublin me pidió que escribiera el prólogo para un pintor joven que exponía por primera vez, tuve tal miedo a comprometerme que pensé seriamente en decirle que no. Recordé de golpe cuánto significó para mí poder publicar en *Ver y Estimar*, diez y seis años atrás, mi primer artículo, apoyado por quien durante muchos años fuera mi maestro. Y fuimos a ver los cuadros de Miguel Ángel Bengochea.

Vimos lo que iba a exponer y me puse contento de haber aceptado.

Pero quise saber más. Le pedí que me mostrara lo que había hecho antes; ya no en el afán de cuidar mi compromiso, sino para hilar lo más fino posible. Fue evidente que el joven Bengochea era un futuro artista y que tenía la suerte de poseer esa inefable capacidad de dar forma a los sentimientos vitales, esa necesidad de los hombres de arte, de proyectar lo emotivo en una infatigable búsqueda hacia lo universal.

No puedo decir que las telas presentadas sean un lenguaje definitivo. Me imagino que sus próximas investigaciones serán totalmente diferentes, así como los dibujos y paisajes neoexpresionistas de sus años anteriores no tienen aparentemente contacto con su imaginería neofigurativa actual.

Lo importante en Bengochea es su afán de mostrar y de ser visto, pero en un halo de modestia expresiva, que no se entronca con el exhibicionismo de los Beatles, del "ye ye", del lisérgico, sino que nos remite a un ambiente más telúrico y menos ciudadano, del artista conectado sólo con la obra, y cuyo vínculo con el público es sólo a través de ésta.

Tal como lo hemos aprendido con lingüistas y semiólogos, a partir de Saussure, los signos no significan nada por sí solos, sino que coexisten en conjuntos articulados; no tienen sentido uno por uno, individualmente, sino como sistemas completos, ya provengan del contexto operacional del lenguaje o del mundo tácito del espacio, los colores y las líneas. Bengochea busca a través de su experiencia un sistema de signos que sobrepasan su propia significación; no solamente evocan otros signos sino que cada acto de su expresión se incorpora a un sistema general que trata de recomponer, todavía a través del cuadro tradicional, una nueva percepción del espacio, una propia aceleración interna.

Sus imágenes corporales, sostenidas por piezas mecánicas que juegan en una imaginería neofigurativa, denotan su angustia frente a la pérdida de la identidad de nuestra actual

generación, y trasuntan su asombro frente al mundo tecnológico que nos invade. Aunque su recurso de utilizar lo onírico conjugado con la imagen de nuestra vida urbana sea un poco rebuscado, ello no empaña de manera alguna la calidad plástica de su mensaje y la búsqueda interna de una experiencia que significa un positivo intento de crear una nueva realidad expresiva.

Jorge Glusberg